

1

El problema de la pobreza

La historia de la pobreza es prácticamente la historia de la humanidad. Los escritores de la Antigüedad nos han dejado muy pocos testimonios porque lo daban como algo sabido por todos. La pobreza era una situación normal.

Los modernos historiadores, gracias a los descubrimientos realizados, nos describen a la antigua Grecia y Roma como un mundo en el que las casas carecían de chimeneas y donde las habitaciones se caldeaban durante el invierno gracias a la lumbre que se encendía en el fogón o por medio de un brasero colocado en el centro de la habitación; la estancia se llenaba de humo y, consecuentemente, las paredes, el techo y los muebles se ennegrecían hasta quedar cubierto todo con una capa de hollín; la luz era proporcionada por humeantes lámparas de aceite que carecían de extractor de humos lo mismo que las casas en las que se utilizaban. El escozor de los ojos era una consecuencia lógica del humo que se respiraba. Las viviendas de los griegos no tenían calor en invierno, no reunían las condiciones higiénicas adecuadas ni contaban con los servicios más elementales para el lavado y la limpieza¹.

La escasez de alimentos y el hambre era algo tan crónico que solamente ha quedado constancia de los elementos considerados como trágicos dentro de un contexto de penuria habitual. La Biblia nos cuenta cómo José expuso a los faraones las medidas que había que tomar para combatir el hambre que se cernía sobre el antiguo Egipto. Durante una época de hambre en Roma, el año 436 a. C., miles de personas hambrientas se arrojaron al Tíber.

No mejoraron las condiciones durante la Edad Media: Las viviendas de la clase trabajadora en el Medievo eran cobertizos o chozas, y las paredes estaban hechas con unas cuantas

1 E. Parmalee Prentjce, *Hunger and History*, Harper & Bros., 1939, págs. 39-40.

tablas ensambladas con lodo y hojas. El techo era un pajizo formado por juncos y cañas o brezo. Las casas constaban de una sola habitación y, a lo sumo, en algunos casos, tenían dos. Las paredes no estaban revocadas, ni existían suelos embaldosados ni techos de cielo raso, ni chimenea ni fogón para el fuego, ni camas. Aquí vivían y morían el dueño de la casa, su familia y los animales. No existían alcantarillado ni desagües en las casas. Solamente había unos desagüaderos sin cubrir que recorrían las calles; tampoco había instalaciones de agua corriente, y la gente tenía que acudir a abastecerse de agua a la fuente principal del pueblo; se desconocían las normas más elementales de higiene. «El centeno y la avena constituían el alimento básico de una gran mayoría de los europeos..., las condiciones precarias de subsistencia, los contrastes entre la comida opípara y la inanición, la escasez, la penuria, hambre, crimen, violencia, fiebres aftosas o ántrax, escorbuto, lepra, enfermedades tifoideas, guerras, pestilencias y plagas», eran algo tan corriente y normal en la Edad Media que nosotros, desde nuestra perspectiva actual del mundo occidental, somos incapaces de comprenderlo².

Además, como un fenómeno habitual, estaba el hambre:

Durante los siglos XI y XII, el hambre (en Inglaterra) aparecía como término medio cada catorce años, y el pueblo tuvo que afrontar veinte años de hambre en el breve período de doscientos años. Durante el siglo XIII se da la misma proporción de épocas de hambre; la subida del precio de los productos incrementa, si cabe, esta proporción. La escasez fue menos intensa durante las tres centurias siguientes, pero puede afirmarse que desde 1201 hasta 1600 el ritmo se mantuvo constante: siete épocas de hambre y diez años de escasez de alimentos a lo largo de cada siglo³.

Cierto escritor nos ha dejado un resumen detallado de los veintidós períodos de hambre que tuvieron lugar en las Islas Británicas durante el siglo XIII, con anotaciones tan concre-

² *Ibid.*, págs. 15-16.

³ William Farr, «The Influence of Scarcities and of the High Prices of Wheat on the Mortality of the People of England», *Journal of the Roy Statistical Society*, 16 de febrero, 1846, vol. IX, pág. 158.

tas como la siguiente: «1235: hambre y peste en Inglaterra; mueren 20.000 personas en Londres; la gente tiene que comer carne de caballo, cortezas de árboles, hierba, etc.»⁴.

La escasez y el hambre aparecen periódicamente en la historia de la humanidad. La *Enciclopedia Británica* enumera los treinta y un períodos más catastróficos de hambre desde tiempos antiguos hasta 1960⁵. Veamos los que tuvieron lugar desde la Edad Media hasta finales del siglo XVIII.

1005: hambre en Inglaterra. 1016: hambre en toda Europa. 1064-1072: siete años de hambre en Egipto. 1148-59: once años de hambre en la India. 1344-45: trágico período de hambre en la India. 1396-1407: nuevo período de hambre en la India, conocido con el nombre de Durga Devi, que duró doce años. 1586: hambre en Inglaterra, que dio lugar a la creación de la llamada «Ley de pobres». 1661: hambre en la India: no llovió durante dos años. 1769-70: trágica etapa de hambre en Bengala, pereciendo un tercio de la población, diez millones de personas. 1783: nueva época de hambre en la India conocida por el nombre de Calisa. 1790-92: el hambre llamada Deju Bara o de la Calavera, también en la India; se llamó así porque era tal la abundancia de cadáveres, que resultaba imposible enterrarlos a todos.

Esta enumeración resulta incompleta y también lo sería probablemente cualquier otra. Por ejemplo, durante el invierno de 1709, murieron en Francia, según las estadísticas de aquella época, más de un millón de personas en una población total de veinte millones⁶. Concretamente, en el siglo XVIII Francia sufrió ocho períodos de hambre que culminaron con la pésima cosecha de 1788 y que fue uno de los desencadenantes de la Revolución.

Pido perdón por describir con tanto detalle esta imagen de la miseria humana. He creído conveniente hacerlo así, porque esa impresionante escasez es la manifestación más evidente e intensa de la pobreza, y una descripción de este tipo era

4 Comelius Walford, «The Famines of the World», *Journal of the Royal Statistical Society*, 19 de marzo, 1878, vol. 41, pág. 433.

5 *Famine*, Encyclopaedia Britannica, 1965.

6 Gaston Bouthoul, *La population dans le monde*, págs. 142-143.

necesaria para recordar las espantosas dimensiones y la persistencia de este mal.

En 1798, un joven clérigo rural inglés, Thomas R. Malthus, reflexionando sobre esta triste historia, publicó como anónimo un *Ensayo sobre los principios de la población y su repercusión sobre el perfeccionamiento futuro de la sociedad*. Los puntos centrales de su doctrina son los siguientes: existe una constante tendencia en la población a crecer por encima del abastecimiento de alimentos y de producción. A menos que la humanidad se imponga un autocontrol, la población rebasará siempre el límite de subsistencia y se verá arrastrada a la enfermedad, a la guerra y, finalmente, al hambre. Malthus fue un economista pesimista que consideró la pobreza como algo inevitable para la mayoría de los seres humanos. Influyó en Ricardo y otros economistas clásicos de su tiempo, y el tono general de los escritos de estos autores indujo a Carlyle a calificar a la economía política como «ciencia funesta».

En realidad Malthus puso al descubierto una de esas verdades que hacen época. Su investigación hizo ver a Charles Darwin la concatenación de los argumentos que le llevaron a establecer la teoría de la evolución por medio de una selección natural. Sin embargo, Malthus exageró su hipótesis y descuidó hacer las necesarias puntualizaciones. No acertó a ver que si (como sucedía en su propio país, Inglaterra) se logra contar con una modesta acumulación de capital y se consigue ahorrar un pequeño excedente y, además, existe libertad política y protección a la propiedad, esta energía liberada —pensamiento e inventiva— acaba por multiplicar, en forma acelerada y espectacular, la producción per cápita, superando con mucho lo que hubiera podido alcanzarse o soñarse en el pasado. Malthus publicó sus conclusiones pesimistas justamente cuando estaba a punto de demostrarse su falsedad.

La revolución industrial

La revolución industrial había comenzado, pero nadie era consciente todavía de ello ni mucho menos se la conocía por

ese nombre. Una de las consecuencias del aumento de la producción fue un crecimiento sin precedentes de la población. Se calcula que el número de habitantes de Inglaterra y del País de Gales era, en 1700, de 5.500.000 aproximadamente; en 1750 llegaban a los 6.500.000. Cuando, en 1801, se realizó el primer censo, había ya 9.000.000; en 1831, la cifra era de 14.000.000. En la segunda mitad del siglo XVIII, la población había aumentado en un 40%, y durante las tres primeras décadas del siglo XIX superó ya el 50%. Tal incremento no era la consecuencia de un cambio radical en el número de nacimientos, sino de un notable descenso en el índice de mortalidad. Aumentó la producción de alimentos y surgieron otros recursos que ayudaban a abastecer a un mayor número de personas⁷.

Este crecimiento acelerado de la población continuó. La enorme explosión demográfica durante el siglo XIX no tiene precedentes en toda la historia de la humanidad. «En un solo siglo la humanidad aumentó en su cifra global más de lo que lo había hecho durante los millones de años anteriores⁸».

Pero hemos de seguir adelante con nuestra historia. Nos preocupa más la larga historia de la pobreza e indigencia humanas que el breve relato de cómo la humanidad comenzó a liberarse de ella. Prosigamos, por tanto, la enumeración de esos períodos de hambre tomando ahora como punto de partida el comienzo del siglo XIX.

1838: terrible etapa de hambre en las provincias noroccidentales de la India (Uttar Pradesh), con 800.000 víctimas; 1846-47: hambre en Irlanda, como consecuencia de una desastrosa cosecha de patatas; 1861: hambre en el noroeste de la India; 1866: hambre en Bengala y Orissa, que produjo 1.000.000 de víctimas; 1869: hambre en Rajputana, con 1.500.000 muertos; 1874: hambre en Bihar, India; 1876-78: hambre en Bombay, Madras y Mysore: 5.000.000 de víctimas; 1877-78: hambre en el norte de China; se calcula que

7 T. S. Ashton, *The Industrial Revolution (1760-1830)*, Oxford University Press, 1948, págs. 3-4.

8 Henry Pratt Fairchild, «When Population Levels off», *Harpe's Magazine*, mayo 1938, vol. 176, pág. 596.

perecieron 9.500.000 personas; 1887-89: hambre en China; 1891-92: hambre en Rusia; 1916: hambre en China; 1921: hambre en la URSS, a consecuencia de la política económica comunista, donde estuvieron a punto de perecer por lo menos diez millones de personas, pero, gracias al Departamento de Ayuda americano, dirigido entonces por Herbert Hoover, el número total de víctimas se redujo a medio millón; 1932-33: hambre de nuevo en la URSS a causa de la política de colectivización agrícola implantada por Stalin, y que supuso la muerte para «millones de personas»; 1943: hambre en Bengala, con 1.500.000 víctimas, aproximadamente; 1960-61: hambre en el Congo⁹.

Finalizaremos esta abrumadora descripción haciendo mención del período de hambre que ha asolado durante estos últimos años a la China comunista y el que sufrió Biafra en 1968-70, a causa de la guerra.

La enumeración de estos períodos o etapas de hambre, desde finales del siglo XVIII, muestra una diferencia muy notable con las que existieron anteriormente. Estas crisis de subsistencia o penurias de alimentos no afectaron a ningún país del ahora industrializado mundo occidental. (La única excepción es la época de hambre en Irlanda a raíz de la desastrosa cosecha de patatas, y hasta puede decirse que se trata de una excepción dudosa, ya que la Revolución Industrial no penetró en Irlanda hasta mediados del siglo XIX, e incluso hoy día es un país eminentemente agrícola).

Esto no quiere decir que hayan desaparecido ya las sequías, las pestes y plagas del campo y las malas cosechas en el mundo occidental, sino que, cuando esto sucede, no se produce una situación de hambre, porque los países afectados pueden importar inmediatamente alimentos de otras partes, no solamente porque existen rápidos medios de transporte, sino también porque, gracias a su producción industrial, estas naciones cuentan con los recursos necesarios para adquirir alimentos.

9 «Famine» y «Russia», *Encyclopedia Britannica*, 1965.

Actualmente, en el mundo occidental, la pobreza y el hambre, que hasta mediados del siglo XVIII eran notas comunes a toda la humanidad, han quedado reducidas a una situación tangencial que solamente afecta a una minoría, e incluso esa minoría va siendo cada vez menor.

Sin embargo, pobreza y escasez todavía campan por sus respetos en el resto del mundo: en casi todo el continente asiático, en Centroamérica, América del Sur y África, es decir, en una inmensa mayoría de la humanidad, está presente este problema con todas sus terribles consecuencias, problema que todavía está por resolver.

Lo que ha sucedido y está sucediendo aún en muchos países debe servirnos de seria advertencia sobre la facilidad con que queda aniquilado todo el progreso económico que se había conseguido. La absurda interferencia gubernamental obligó a Argentina, en otros tiempos el principal productor y exportador de carne, a limitar el consumo doméstico de carne de vacuno a semanas alternas. La Unión Soviética, Uno de cuyos principales problemas económicos, antes de que se implantara la colectivización, era encontrar mercado para exportar sus excedentes de cereales, se ha visto obligada a importar trigo de los países capitalistas. Podríamos seguir citando otros ejemplos sobre las ruinosas consecuencias derivadas de una política gubernamental de miras estrechas.

E. Parmalee Prentice, hace más de treinta años, subrayó que la humanidad había sido rescatada de un mundo de escasez tan rápidamente que los hijos ignoraban cómo habían vivido sus padres:

Aquí radica, ciertamente, una de las explicaciones del descontento por las actuales condiciones de vida del que se habla con tanta frecuencia, ya que las personas que jamás han conocido la escasez en la que el mundo vivió durante muchos siglos son incapaces de valorar, en su verdadero contexto, la abundancia que ahora existe y hasta llegan a sentirse desgraciados porque no tienen más¹⁰.

10 *Hunger and History*, pág. 236.

¡Qué proféticas resultan estas frases aplicadas en este momento a la actitud de la juventud rebelde en la década de los años sesenta! El gran peligro actual es que la impaciencia y la ignorancia se alíen y destruyan, en una sola generación, el progreso que innumerables generaciones de la humanidad tardaron tanto tiempo en conseguir.

»Aquel que no puede recordar el pasado está condenado a repetirlo».